



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-06-2023

*«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.
Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo»*

(Jn 6,51).

El jueves siguiente a la fiesta de la Santísima Trinidad -o, en algunos lugares, el domingo siguiente- se celebra la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Corpus Christi. La fiesta -establecida para conmemorar el milagro eucarístico de Bolsena- se caracteriza sobre todo por la procesión eucarística.

Este año el "15" -cercano a la fiesta- es una ocasión preciosa para que meditemos sobre el misterio de la Eucaristía y las "hambres" del hombre.

Además del hambre física, el hombre también lleva dentro de sí otras hambres, que no pueden ser saciadas con alimentos materiales. El hombre tiene hambre de vida, de amor, de eternidad.

Hoy hay quienes quisieran convencernos de que, para dar sentido a la vida, pueden ser suficientes las cosas materiales, los objetos preciosos, mucho dinero, mucho poder... Corremos el riesgo de convertirnos en personas olvidadizas, afanadas en el presente, que nos olvidemos de cualquier horizonte trascendente, de toda perspectiva que vaya más allá del comer, del beber, del ganar.

Corremos el peligro de reducir la vida a lo que podemos consumir; de restringir el amor a lo que agrada; de reducir la fe a lo que conviene o convence.

La virtualidad corre el riesgo de apoderarse de nuestras vidas y de nuestras relaciones. Y el barullo de la información ahoga el deseo de verdad. Nos damos cuenta, sin embargo, que para nosotros no es suficiente llenar el vacío que nos amenaza. Constatamos cada día, con creciente asombro, que, precisamente en el tiempo de máxima comunicación, la soledad se ha incrementado dramáticamente. Porque la comunión que buscamos necesita otra cosa, o, mejor dicho, necesita de Otro. Nuestro corazón quiere vida, quiere amor, tiene hambre de infinito. Busca a Dios, incluso sin saberlo.

Jesús es el pan vivo bajado del cielo. Él es el único que verdaderamente alimenta nuestra hambre de vida, de felicidad, de amor, de infinito. Él dijo que el que come su carne y bebe su sangre tiene vida eterna, y que lo resucitará en el último día (cf. Juan 6,54).

En estos tiempos "líquidos y cambiantes", la solemnidad del Corpus Christi nos invita a recordar a Aquél que verdaderamente alimenta el hambre de vida y de felicidad que hay en nuestros corazones.

Quien realmente nos alimenta, y nos da fuerzas y nos sostiene en las vicisitudes de la vida, es el Pan "que no perece". Es el Pan de los fuertes, de los santos, de los puros, de los mártires. Es el Pan sin el cual la vida de la gracia se apaga en nosotros y morimos de hambre. En la Eucaristía, Jesús nos da el alimento que nos nutre, y el sacramento que nos renueva y sostiene, tal como lo había prometido: **«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré»** (Mt 11,28).

Bien lo sabía Magdalena Aulina cuando afirmaba: «El mundo, con todas sus quimeras, las cosas bellas, los placeres y las satisfacciones que puede ofrecernos, de ninguna manera puede saciar el

hambre de nuestro corazón. Existe un amor más grande que todo el universo y es el amor de Dios: el único que puede colmar las aspiraciones de nuestro corazón. El mundo, a pesar de ser tan grande, nunca podrá saciar el hambre de infinito que sentimos los pobres mortales».

Y también decía: «Cuán saludable es para el alma volar al pie del Sagrario, para recibir paz, pureza, fuerza del Sol de justicia. Jesús no quiere nada más que establecer su morada en las almas y comunicarles sus gracias».

Magdalena recibía toda la luz y la fuerza, necesarias para llevar adelante su Instituto, sólo del Cuerpo y la Sangre de Jesús. Para ella la Eucaristía -pan de los ángeles y fuerza de los mártires- era el verdadero alimento de vida, de unión y de amor. Transmitía este amor suyo con tal intensidad que inflamaba el corazón de quienes la escuchaban y les hacía desear el verdadero Pan, el único que puede alimentarnos y puede colmar nuestro deseo de infinito.

De sus muchas reflexiones sobre la Eucaristía, se hicieron muchos cantos, que traducen precisamente la fuerza de su amor y devoción.

EUCARISTÍA

Desvanece toda tristeza
y desaparece todo dolor,
saboreando la dulzura
del sacramento del amor;
alegría inexplicable
que el alma fiel siente,
alegría inmensa, incomparable,
que transforma el corazón en Cielo...

